



JORGE BASADRE, LITERATURA Y AMISTAD

Marco Martos

En el Perú, el año 2003 está consagrado a la memoria de Jorge Basadre en ocasión de la conmemoración del centenario de su nacimiento. Pocos ciudadanos como él expresan con la sola evocación de su nombre, el amor por el país que los vio nacer.

Distintas instancias oficiales e instituciones privadas del Perú vienen organizando, a lo largo de todo 2003, actos de homenaje. En estas actividades, un lugar central lo ocupan las actividades conjuntas de la Academia Peruana de la Lengua y el Instituto Cultural Peruano Norteamericano, uno de cuyos actos es el de la noche de hoy, que recuerda el libro *Equivocaciones*, que se publicó en 1928.

Me siento muy honrado con la asistencia de ustedes esta noche. De modo particular quiero agradecer la presencia de mis maestros Luis Jaime Cisneros y Estuardo Núñez. En ellos vi, desde muy joven, y hasta ahora mismo, el espíritu vivo de la universidad, esa voluntad de acercarse al conocimiento, de aumentar el saber, que atraviesa generaciones y da sentido a la tarea intelectual.

Jorge Basadre, en toda su dilatada actividad intelectual, no hizo sino preguntarse por el destino de los peruanos. Desde

los predios de la historia y de la literatura, con materiales de esas disciplinas, pero con un conocimiento bastante meditado de otras áreas del quehacer humano, la idea central que atraviesa su obra entera, consagrada principalmente al estudio de la república, es la pregunta constante sobre las razones que llevan a los pueblos a constituirse en una nación, en nuestro caso, la nación peruana.

Basadre pensaba, y lo dijo de manera directa e indirecta en numerosos escritos, que no es el pasado, la historia de lo ocurrido, ni la valentía de los héroes, lo que vuelve nación a un pueblo: es la voluntad de permanecer juntos que tienen los ciudadanos cuando afrontan el porvenir.

Por eso, su más conocido trabajo, la monumental *Historia de la República*, minucioso recuento de las vicisitudes de nuestro país durante siglo y medio, más allá de las referencias exactas a presidentes, desde La Mar hasta Sánchez Cerro y Benavides, o de héroes como Grau o Cáceres, o de las transformaciones algunas lentas, otras rápidas, que sufrió la sociedad peruana, es una invitación a tener proyectos comunes que galvanicen a la comunidad entera.

El mensaje de Basadre es en pocas palabras esta idea: el Perú no está hecho, se está haciendo, depende de nosotros que ese proyecto de nación crezca y se consolide.

Nacido en 1903, en Tacna, vivió en esa ciudad cautiva durante su niñez y en esa dificultad nació su inmenso amor por el Perú. Años más tarde, cuando hubo la posibilidad de realizar un plebiscito, fue un activo agente de la causa peruana. Todos estos episodios los ha recordado con su pluma ágil cuando ha escrito sobre su infancia en esa ciudad sureña.

Basadre, que pertenece junto con Luis Alberto Sánchez y Raúl Porras, a la generación llamada de Centenario, porque eran jóvenes que irrumpieron en la vida pública hacia 1921, ha dejado páginas muy hermosas sobre algunos escritores,

como puede percibirse en todos los trabajos que escribió. Cuando murió en 1980, su nombre estaba ya asociado, como ahora mismo, a la idea de patria.

Los lectores de la *Historia de la república* de Jorge Basadre, conocen que el ilustre historiador consideraba a la literatura como parte sustancial del espíritu de una nación. La generación llamada del centenario, osciló en sus preferencias vocacionales. A pesar de que sus integrantes eran eruditos en las materias que cultivaban, tuvo la apetencia del conocimiento como una totalidad, fue humanista en el sentido clásico. Quienes prefirieron la literatura como Sánchez, supieron reclinarsse sobre la historia, y quienes optaron por el camino de la historia tuvieron una fina percepción del fenómeno literario como en el caso de Porras, uno de los primeros en percibir la calidad de César Vallejo.

En 1928 Jorge Basadre y Luis Alberto Sánchez hicieron una publicación conjunta. Si cabe la expresión, se trataba de un pequeño libro con dos carátulas y sin contracarátulas. ¿Cómo así? Leído en una forma, se trataba de *Equivocaciones**, texto de Jorge Basadre; volteado el libro, leído al revés, tenía otra carátula y era *Se han sublevado los indios* de Luis Alberto Sánchez. El escrito de Basadre ha tenido más fortuna que el de Sánchez, puesto que se ha reeditado dos veces, una en 1986, gracias a la hoy desaparecida librería Studium, y otra en este año 2003, merced a la iniciativa de la Universidad San Martín de Porres. Justo es decir, sin embargo, que el texto de Sánchez se reeditó en su libro *Escafandra, lupa y atalaya* en 1977 y 1986, verdad que formando parte de un amplio conjunto. La posibilidad de que *Equivocaciones* y *Se han sublevado los indios* se publiquen tal cual la edición de 1928, para decirlo con prudencia, parece bastante remota.

* Jorge Basadre. *Equivocaciones*. Ensayos sobre literatura penúltima. Segunda edición. Lima. Librería Studium. 1988. 88pp.

Al abrir el libro de Basadre, lo primero de lo que nos enteramos, es que su autor considera a *Equivocaciones* como un libro menor, como un viaje de recreo. Cree que su bagaje ha sido arbitraria y rápidamente reunido y no tiene el peso y el volumen necesarios para las grandes travesías. Asegura que reúne unos cuantos de los escarceos literarios en los que se entretuvo su adolescencia que no fue alegre pero fue inquieta. Finaliza diciendo en el prólogo que más que un libro propiamente dicho, quisiera que se tomaran las páginas que se ofrecen como una revista bipersonal, inmediatesta, fugaz.

El texto se abre con una reflexión sobre Pedro Zulen (1885-1925) que es una figura un tanto borrosa para las generaciones de hogaño, pero que tuvo decisiva influencia en el acontecer intelectual del Perú de principios del siglo XX. Zulen hizo estudios de filosofía en la Universidad de San Marcos, fundó y dirigió la asociación Pro Índigena que existió entre 1909 y 1916. Viajó a los Estados Unidos en 1916 y regresó en 1918, enfermo de tuberculosis. Residió en Jauja, con el propósito de restablecer su salud y en la localidad de Marco, en 1919, pronunció un encendido discurso contra los gamonales que frustró su candidatura a una diputación de la provincia. Retornó a los Estados Unidos hasta 1922, para reiniciar sus estudios de filosofía, psicología y bibliotecología. Al volver al Perú obtuvo los grados de bachiller y de doctor y fue nombrado bibliotecario de la Universidad de San Marcos, iniciando la catalogación de sus fondos. Incorporado como profesor de la Facultad de Letras divulgó las doctrinas de los filósofos franceses, hizo la crítica del filósofo Bergson, desde el punto de vista del pragmatismo. Tal vez lo más importante de su labor fue promover el rigor del espíritu científico.

Cuando Basadre escribe su ensayo, estos escuetos datos que hemos proporcionado era de dominio público, y lo que hace el historiador, es más bien recordar, con acentos personales, al amigo muerto. Citando a Alfredo Fouillé dice:

“No pensamos siempre en los seres queridos que hemos perdido y sin embargo esos ausentes están siempre

presentes en el fondo de nuestros corazones. Un vacío inmenso se ha hecho en nosotros, como alrededor de nosotros una especie de crepúsculo ha reemplazado la plena luz; y en el concierto de nuestro corazón hay voces calladas, voces que estábamos acostumbrados a escuchar; y en ese gran silencio como en un sueño ellas nos hablan aún, las entendemos sin saberlo y quizá las obedecemos sin darnos cuenta”.

Escribe entonces, y conviene citarlo in extenso:

“No es con lamentaciones excesivas como hay que recordarlo; que para comentarlas él tendría sólo esa seca de su desdén tan distinta a esa sonrisa ingenua que era su máximo gesto de afecto. Si hay algo de religioso en hablar de un amigo muerto, ha de tener una augusta elevación el juicio; y más si se halla de quien puso en el impulso primordial del fervor, la serenidad del intelecto.

Y hay que comenzar para decirlo desde aquí mismo, sin temores porque es la verdad. Zulen no llenó su obra de bibliotecario de la Universidad. El catálogo no está concluido; la clasificación de sus libros está por hacerse; la biblioteca todavía muy pobre en muchas materias y, sobre todo en libros peruanos y americanos. La obra de Zulen no pierde con ello su trascendencia. Por eso la muerte fue tan artera esta vez: porque no se trataba la consecuencia natural de una misión cumplida en cuyo caso la queja viniera sobre todo del hábito y de la incertidumbre, sino del tremendo estigma a un noble y puro mensaje todavía no llenado”.

Llama poderosamente la atención este comienzo de un libro escrito por una persona de veinticinco años. Heidegger definió al ser humano como “un ser para la muerte” queriendo con esas escuetas y directas palabras, según dicen sus críticos, subrayar el carácter pasajero de la vida, su inevitable llegada,

a esa mar que es el morir, y, sobre todo, la percepción humana de caminar hacia la muerte, que diferencia al ser racional de todas las demás especies. De los cuatro ritos de pasaje que acompañan al ser humano, nacimiento, pubertad, matrimonio y muerte, el más hondamente dramático y conmovedor, es la muerte. La manera de enfrentarla hermana y diferencia a las culturas a los largo de toda la especie de la existencia humana.

En Occidente, la importancia del valor de la vida, y, en contraste, la poderosa presencia de la muerte, la hemos aprendido de la propia experiencia y de la cultura griega.

Herodoto, que escribió, según se dice, el libro de viajes más espléndido de la antigüedad, dijo acerca de su propio país, de las comarcas costeras del oeste del Asia menor y de los jonios que vivían allí:

“Establecieron sus ciudades en los lugares más favorecidos por los cielos y las estaciones que ningún otro país que conozcamos. Porque ni al norte, ni al sur, ni al este ni al oeste, la tierra brinda a su pueblo lo que brinda Jonia; porque una región está castigada por el frío, y la humedad, la otra por los calores y la sequía. Los etíopes, más allá del Nilo, pueden ser longevos, la India puede ser rica en oro, y los árabes pueden tener incienso; los confines de la tierra pueden tener las criaturas más fuertes y extrañas; pero parecería que la Hélade tiene de lejos las estaciones más benévola-mente templadas”.

Y Aristóteles escribió en frases que no suscribiríamos:

“Los países más fríos de Europa tienen habitantes llenos de vigor, pero que carecen de inteligencia y de habilidad; el Oriente educa hombres dotados de inteligencia e ingenio, pero nacidos para ser esclavos; pero el griego está lleno de ánimo, es inteligente y es amante de la libertad”.

Lo que queremos con estas citas, es mostrar el orgullo griego, la satisfacción de formar parte de una importante comunidad y, sobre todo, de estar vivos y participar activamente de la vida de un país, o mejor, de una ciudad estado, como era su caso.

Píndaro lo ha dicho de otro modo, hablando de un exiliado:

La suerte más amarga, dicen los hombres,
Es la de aquel quien claramente ha visto
Lo que es justo, y nada puede hacer,
Sino que, por fuerza, permanece a un costado.

Esta es un idea terrible, pero que preanuncia, ya en la época de los griegos, la modernidad y aun la época contemporánea: la noción de ser pasajero y no piloto de la propia vida. Pero los griegos encontraron una salida, como lo señala T.R. Glover en su libro *El mundo antiguo*. (1964) Merced a Alejandro, llegaron a pensar que toda la humanidad bien podía ser una única república de seres humanos, todos ciudadanos, griegos o bárbaros, donde todo ciudadano tenía un deber humano que cumplir: servir a la humanidad, donde los dioses son también ciudadanos, y el aire y el mar y los átomos: todo Uno, todo relacionado, todos amigos, todos parientes.

Volvamos los ojos ahora a contemplar a la cultura griega con ojos contemporáneos: el hombre moderno es un ciudadano, miembro de diferentes comunidades, y de un Estado, trabaja en una profesión u oficio y tiene una vida corporativa. En el sentido más general, pertenece a una comunidad de intereses. Su existencia, se desarrolla de un modo absolutamente rígido, tanto que apenas lo pensamos, como lo dice Emil Staiger en su célebre libro *Poética*. Se agota en unas determinadas funciones, de la política, la moral, de la sociedad. Y existen amplios dominios en los que el individuo contemporáneo no tiene la posibilidad de actuar, donde son otros, siempre

distantes, siempre inaccesibles, siempre desconocidos, los que deciden e influyen de manera poderosa en su vida, toman diversas opciones por él. De manera que el pesar de Píndaro por el exiliado, bien lo podemos extender al hombre del tercer milenio.

Marcadamente diferente, el héroe griego, en especial el protagonista homérico no conoce nada semejante. Vive y actúa impulsado por su propia energía. Su pequeño país le basta para resolver sus necesidades materiales. Su hacer o dejar de hacer apenas está regulado por unas cuantas prescripciones, pues no existen todavía demasiadas regulaciones. Las motivaciones de sus acciones emanan de sus sentimientos que a su vez están relacionados con su propia naturaleza y con la tradición. Y así como un puñado de héroes llega hasta los muros de Troya. Es cierto que existe la historia del rapto de Helena, la esposa de Menelao, y que los aqueos piensan que ella debe ser restituida a su hogar, pero no es esa la razón por la que Aquiles o Ajax toman parte en la contienda. La lucha es ocasión para ellos, de ganar honor. Son ajena a los héroes homéricos, las consideraciones ideológicas. No existen para ellos pautas preestablecidas. El hombre despliega su más rica diversidad. Aquiles se deja arrebatar por la cólera cuando pierde a Briseida y deja de combatir; regresa a la lid, impactado por la muerte de Patroclo, su amigo dilecto.

Y esta es la idea que queremos atrapar: la muerte como motivadora de nuevas acciones. Sabemos bien que los griegos enfrentaron a la ineluctable del destino: ponderando la vida como el máximo logro del hombre. Un héroe no es otra cosa que alguien que lleva a su máxima expresión el disfrute de la vida, entendiéndolo por disfrute el pasar las penurias en búsqueda de los logros más altos, que relacionan al individuo con lo colectivo. Pero el objetivo moral siempre permanece unido de manera indispensable con el temperamento personal.

En el mundo de habla española, Jorge Manrique, hablando de su padre, lo consideró amigo de sus amigos y

Fernando de Rojas, de quien no podía decirse que tuviera estudios filosóficos, refiriéndose a la muerte, aludió a su presencia súbita, independientemente de la edad de las personas, puesto que nadie es demasiado viejo, como para no tener esperanza de vida, y nadie es demasiado joven como para no poder morir en el día.

Muchas personas que han leído en tiempos recientes el libro *Equivocaciones* de Basadre, se preguntan por la razón de la devoción del historiador por su colega bibliotecario Pedro Zulen. Moviéndonos en el campo de la conjetura podemos percibir que Zulen estaba haciendo aquello que Basadre anhela realizar en el campo de la bibliotecología. Teniendo en cuenta la diferencia de edad entre ambos personajes, quince años, bien podemos considerar a Zulen, en el campo de las ideas, como un adelantado, una especie de hermano mayor, con un intenso amor, no solo por el saber en sus más variadas facetas, sino por la biblioteca, como un lugar privilegiado para irradiar conocimientos. Siendo así, Basadre, como suele suceder con los hermanos menores, si proseguimos el símil, no deja de hacer objeciones concretas al accionar de Zulen. Pero añade:

“El valor primordial de esta obra de Zulen llegó a ser el de haber sabido suscitar. Inició y estimuló; cosa que es harto diferente de imitar y proseguir. Trajo a su oficina, que vegetaba casi desapercibida, ese ritmo febril de los más privilegiados centros de cultura y no la hizo un refugio burocrático sino un dinámico instrumento. Incrementó considerablemente los libros convirtiendo a la Biblioteca de la Universidad en la mejor del país en cuanto se refiere a la producción moderna. La conectó con la mayor cantidad de instituciones análogas prestigiando a la Universidad en el extranjero y aquí mismo, donde hasta los peores enemigos de San Marcos reconocieron su obra. Propagó el amor a los libros por todos los medios e hizo del Boletín la mejor publicación de su género en América. Y así atrajo a la sala de lectura —que soñó trasladar al histórico y vasto General

de San Carlos— de mil quinientos a dos mil lectores semanales. Todo lo hizo personalmente usando hasta en forma casi absoluta la autonomía de su poder. Y lo que fue en el régimen externo, fue en el interior de la Biblioteca. Dispuesto siempre a servir al lector que solicitara lo justo fue, dentro de su respeto a la individualidad ajena, severo como jefe y ante las autoridades más altas, defensor obstinado de los suyos; sin dejar ni por un momento por ser jefe, de ser amigo sencillo aunque sin excederse en aras de la amistad, con complacencia ilegítima alguna”.

Basadre pasa a recordar a Zulen en su obra escrita. Repasa su escritura de poemas, un trabajo sobre Bergson que data de 1920, que tomó forma de libro y otro titulado *Del Neohegelianismo al Neorealismo*, de 1924, escrito y publicado cuando ya estaba minado por la enfermedad y cuando la cátedra le exigió un nuevo esfuerzo a su salud endeble.

Opina también el historiador tacneño que lo más cuantioso de la obra de Zulen está en sus artículos, allí está la prueba de su constante elaboración intelectual. Esos textos, pocos y ágiles no delatan a un simulador; lo que hablaba lo sabía bien. Pasa luego revista a su trabajo en la Asociación Pro-Indígena, a la lucha constante de Zulen entre 1910 a 1914, denunciando tercamente los atropellos, acudiendo a los poderes públicos en pos de medidas morigeradoras. Zulen no tomó partido por ningún dogma, sintió ansiedad de la doctrina, aún no formulada, dice Basadre, que contemplara nuestros propios problemas.

Sin tener una fortuna caudalosa, Zulen fue un profesional libérrimo, lejos de la ruta sinuosa de los pacatos. Fue la promesa de un gran intelectual; su muerte, y eso es lo que se siente en la entrelínea de lo que escribe Basadre, parece más injusta, precisamente porque estaba llamado para obras de gran envergadura. Su fuego juvenil lo llevó a defender a capa y espada a los indígenas, los sentía, como el maestro

González Prada, el grupo humano indispensable para forjar nuestra nacionalidad. "La muerte lo hirió con una de esas crueldades que hacen desconfiar de Dios" dice Basadre, al terminar su intenso apunte.

Los héroes más antiguos que pueblan nuestra imaginación son griegos, de ellos, en occidente se aprendió el sentido de aventura, la capacidad de internarse en lo desconocido. En ese sentido Colón es un héroe moderno. Terminado el siglo XIX, ya no había nuevas tierras por descubrir, ni guerras míticas y justas. El tipo de héroe que está buscando Basadre ya no es el guerrero que blande su espada, famosa por la mano viril que la maneja, más que por el duro acero con que fue forjada. No. El héroe que busca Basadre es intelectual, filósofo, científico, bibliotecario, poeta, como Zulen. En este primer libro, sin excepción posible, todos los personajes de los que habla Basadre, son peruanos intelectuales, con los que tuvo algún trato, poco a poco el escritor tacneño iría afinando su pluma, para viajar en el tiempo, e internarse en las a veces diáfanas, a veces turbias aguas de la historia.

Hay una página en *Equivocaciones* que parece un poema y que está dedicada a José García Calderón. Se titula *Escolio a José García Calderón*. Dice:

"José García Calderón murió en Verdun el 5 de mayo de 1916, lejos del aroma de la tierra natal. . .

Fue un viajero impenitente. El último de sus viajes fue en paracaídas, nadie sabe dónde. Si no hay música, mujeres ni paisajes allí donde está ahora ¡qué aburrido ha de sentirse!

Quizá prosigue sus "Notas sobre la guerra" donde unió meditaciones de solitario e impresiones de turista, haciendo cuadros de costumbres y a la vez interpretación autoanalista. Serán sus "Notas sobre la muerte" que sin embargo no tendrán como las "Notas sobre la guerra" esa aureola de haber sido escritas entre combate y combate en medio de buscada agonía.

colegas de infortunio, alcanzó a escribir páginas notables que permanecen en el canon literario de todo el siglo. La permanente aceptación del público lector de lo escrito por Abraham Valdelomar, en especial sus cuentos y poemas, es una referencia clara de que el supremo juez literario, que no es otro que el tiempo, se ha visto en la obligación de ser magnánimo con un escritor de tanto talento. Valdelomar está al principio del moderno cuento peruano, tanto que puede ser considerado un fundador, está en el principio de la renovación de la poesía peruana, que principió González Prada y que prosiguieron venturosamente Eguren y Vallejo y está también al principio de la renovación de la prosa periodística en el Perú, como puede verse en las crónicas suyas que se han publicado. Propiamente puede decirse que Valdelomar confiere dignidad literaria a la prosa de los diarios. Detuvo el carácter volandero de la prensa cotidiana y escribió reportajes memorables sobre oscuros diputados y senadores, que ahora, convertidos en personajes suyos, hablan y actúan en nuestras mesas de trabajo con la gracia inigualable que les insufló a sus figuras.

La primera frase que utiliza Basadre para referirse a Valdelomar dice: "Con Valdelomar llega a su madurez entre nosotros la literatura periodística" Recuerda los nombres de Jorge Miota , de Leonidas Yerovi y de Luis Fernán Cisneros y concluye que es Valdelomar quien alcanza en ella la lenta depuración estética.

Luego hace una observación que por su agudeza, es notable. Se refiere al aumento de la difusión del periódico y cómo el ensanchamiento de la información, de la lectura cotidiana acrecientan la posibilidad de que se dediquen a él gentes sin mayores recursos económicos, sin que por ello abandonen la literatura. Es el caso de Valdelomar que no es universitario, aunque lo fue, que no es político, aunque también lo fue, y que no burócrata. Valdelomar fue un literato que permanentemente vivió del periodismo. Dicho de otra manera, laboralmente hablando, Valdelomar fue un periodista.

Lo asombroso en Valdelomar para Basadre está en su lograda depuración estética en medio de la urgencia de escribir y publicar. El ambiente literario entre 1915 y 1918 tuvo, en gran parte, merced a él, una intensidad singular. Según recuerda Basadre, las páginas literarias de los diarios aparecieron entonces con regularidad y no estaban clausuradas para las nuevas inquietudes ni para los fervores juveniles. A Valdelomar, sostiene Basadre, como a toda la generación de entonces, hay que conocerlo no sólo por sus libros, sino por ese sector de su obra. Pero no hay que posponer sus volúmenes, que son magníficos, lo decimos a manera de nota a pie de página.

En la vida agitada de Valdelomar, los libros se fueron sucediendo. Hablando de su libro *La mariscal*, Basadre fue un tanto severo. Asegura que apenas tiene lugar dentro de la literatura histórica, que probablemente fue un libro escrito y publicado merced a ajenas sugerencias y que pertenece a una época en la que su estilo no estaba alquitarado. Le parece que lo acertado en este libro preliminar es el tema en sí, que el texto es un tanteo dentro de un género que tiene enormes virtualidades dentro de nuestra historia y que Valdelomar habría logrado algo más perdurable tomándolo como "leitmotiv" novelesco, como lo ha hecho Valle Inclán en *Guerra carlista*. *La mariscal*, dice, está en cambio fuera del linderó literario; y, al mismo tiempo, contiene conclusiones que no están siempre dentro de la verdad histórica.

Luego Basadre cambia el tono cuando asegura que el libro *El Caballero Carmelo* es capital no sólo dentro de la literatura peruana sino que quizás dentro de la americana. Escribe:

"Con este libro puede decirse que comienza en el Perú el cuento criollo. Las "Tradiciones" de Palma algo de eso habían tenido en canto pintaban algunas características de nuestro ambiente pero fugazmente u opacadas por el parámetro de la evocación. Las "Tradiciones" tenían,

además, predominante sabor limeño. Valdelomar supo perennizar en los cuentos que inician aquel libro, la vida de la provincia y, al mismo tiempo, a vida del hogar. Como López Albújar hizo el cuento de la sierra, él hizo el cuento costeño.

Pero López Albújar había mirado la sierra desde su mesa de juez y por eso sus admirables *Cuentos Andinos* tienen siempre algo de judicial o de sociológico. Valdelomar, en cambio, mira la costa desde sus recuerdos de niño. Surgió así, la poesía de la infancia que crece bajo la sombra de la casona familiar y cuyos vagos anhelos de ser libre se cobijan en el mar cercano o en la farándula fugaz; la poesía de esas familias vastas que forman un haz no solo con la tierra que les frutos cuyo sabor parece más tarde que ningún otro iguala, sino hasta con sus servidores y animales. Fue, pues, poeta al ser pintor de costumbres. Además, es aquí donde recién aparece el niño como protagonista de la literatura peruana, que había sido tan adulta en el gimoteo romántico como en la risa de los epigramáticos. Y al mismo tiempo, nuestra literatura donde escasea el sentimiento del paisaje, se enriquece con estas visiones límpidas del puerto y del mar. La sensibilidad de Valdelomar, un poco femenina en su dulzura y delicadeza, se prestaba para miniar estas páginas autobiográficas donde el recuerdo detallaba lo pintoresco”.

Al referirse a la poesía, Basadre destaca la dulzura y delicadeza que emanan de algunos poemas y algunos remanentes románticos como la melancolía, la nostalgia y la vibración amorosa. Pero esos poemas no son lo único salido de la pluma de Valdelomar, en otros, que son escasos, verdad, como *Luna Park* intenta agudas descripciones llenas de modernidad.

Que Valdelomar estaba tan afincado en la tradición como en el espíritu nuevo puede percibirse, cuando pasamos

las páginas de los cuentos y poemas de tono evocador a las rápidas y ligeras de los *Cuentos yanquis*. Basadre dice que el cerebralismo, el ambiente extranjero del gran mundo, la arbitrariedad, el humorismo de estos cuentos, tienen enlace con un género que estaba en boga. Ve también, en las pequeñas frases inconexas que Valdelomar llamó *Neuronas* cierta conexión de las *Greguerías* de Ramón Gómez de la Serna y en el cuento *Heriberto, el sauce que murió de amor*, descubre indicios del descoyuntamiento de la personalidad con cierto sabor pirandelliano.

La gran admiración que siente Basadre por la obra de Valdelomar no nubla su sentido crítico. Hablando de los cuentos de sabor incaico dice que el cuento indígena es un venero de nuestra literatura, pero Valdelomar no era el llamado a agotarlo. Apenas intuyó esa posibilidad. Las mismas cualidades que elevan el resto de su producción son indicios de que no podía captar lo netamente indígena, que le era completamente extraño, y más todavía si se trataba del mundo incaico. Escribe Basadre:

“De todos modos, este esfuerzo por su nobleza estética, porque contribuyó a la difusión del amor por lo peruano, por ser precedente de tendencias nativistas que hoy se están afirmando más rotundamente, quedará en nuestra literatura. ¡Cuán bellas cosas, hubiera dicho, en cambio Valdelomar, si inicia la interpretación actualista y estética de los huacos y de los tejidos prehispánicos”.

Basadre percibe, agudamente, el carácter fragmentario de la obra de Valdelomar, pero así mismo, algo que es de lo más valioso: la unidad artística de su obra. Valdelomar no fue cursi, no hizo sociología ni erudición con su literatura. Sus poses eran como los trucos que hacen los fotógrafos para llamar la atención de los niños y que enriquecieron de anécdotas la vida limeña, renovando en el ambiente literario lo pintoresco que ya había emergido en los arranques juveniles de Chocano.

Lo que junta, al parecer, en el espíritu de Basadre, a Zulen, José García Calderón, y Valdelomar es lo prematuro de sus muertes. Uno minado la enfermedad, Zulen; otro, por su carácter temerario, García Calderón, y otro, por un accidente, Valdelomar. Ellos, como los antiguos héroes griegos, cumplieron un destino trágico. La interrupción fue su sino. Un joven intelectual que vela sus armas, Basadre, rinde homenaje a sus muertos queridos, toma la posta en su primera aventura intelectual.

Digamos ahora algunas palabras sobre José María Eguren, el escritor al que Basadre dedica mucha atención.

José María Eguren (1874-1942) publicó los libros de poemas *Simbólicas* (1911) y *La canción de las figuras* (1916). Uno de sus más devotos lectores, Estuardo Núñez, editó en 1961 *Sombras y rondinelas*, libro que recogía la producción lírica inédita de Eguren.

Eguren fue, en vida, un poeta respetado, pero poco leído; la música de su poesía apenas se escuchaba en esos momentos de auge civilista. Parecía, ya en ese momento, un poeta del pasado que poco tenía que ver con el Perú de progreso y tecnología que daba la impresión de abrirse paso entonces. Algunos espíritus avisados, como José Carlos Mariátegui o Jorge Bsadre, supieron ver la entraña simbolista, el manejo maestro del verso que tenía Eguren.

En el estro del poeta están los románticos alemanes, Novalis especialmente, y el maestro de la poesía francesa, Mallarmé. Pero su inspiración más profunda tiene una fuente personal. Los temas de los que habla en su poesía provienen del mundo del ensueño, de la duermevela, del país maravilloso y a veces terrible del inconsciente, de las alucinaciones personales, de la fina garúa limeña. Y ese mundo aparentemente nada tenía que ver con el Perú del tiempo que le tocó vivir. Para algunos de sus coetáneos, Eguren era un hombre de otra época. Sin embargo, Eguren expresaba y expresa una

difícil contemporaneidad, una secreta concordancia con una aspiración sempiterna de los hombres: dar libre curso a los sueños. En su época tuvo una asombrosa isocronía, que nadie ha subrayado hasta ahora, con el psicoanálisis y una coincidencia con una aspiración de la literatura de todos los tiempos: ampliar el campo de la realidad.

Freud fue un pionero de la modernidad. Él pone entre paréntesis los conocimientos más sólidos y propicia aquello que se ha llamado un realismo sin fronteras, que incorpora el mundo del inconsciente a la vasta realidad. De parecida manera, en el campo literario, Eguren nos dijo, nos está diciendo todavía, que la realidad no es, no puede ser solamente aquella que describían los versos de Chocano, la realidad era —y es también— la sonámbula, la fantasmagórica, la evanescente del mundo de los sueños.

Eguren cultivó sus versos de manera esmerada, con un gran conocimiento de los recursos técnicos (distribución de acentos, aliteraciones, conteo de las sílabas, rimas, versos blancos) con una maestría inigualable en el siglo XX. Naturalmente, no es este dominio formal el que convierte a Eguren en un gran poeta. Lo es porque cumple una vieja ley de la poesía de todos los tiempos: su poesía, musical en el mejor sentido del término, tiene un tema central rítmico y numerosas variaciones que van acomodando su armonía a una polisemia de resonancias muy variadas. Es concentración. Dice más con menos palabras.

En el Perú de hogaño, como hemos venido diciendo, pareciera que no hay lugar para la poesía de Eguren. La lucha diaria es muy dura para la mayoría de los peruanos. Aparentemente hemos perdido el derecho de soñar, de perdernos en nuestra propia, enfebrecida imaginación. Por eso mismo, la poesía de Eguren aparece como un contraste necesario. Reivindica el derecho de soñar, la aspiración a que pase nada, precisamente para que pase mucho, para en lo que nos ocurra haya algo de elección personal.

Cuando Borges pensó en el Perú, lo asoció a Macchu Picchu, la vasta reliquia de piedra en la montaña; a un patio enrejado y de fuente; a una línea de José María Eguren. Ese país sutil, esa niebla que envuelve las palabras, ese encuentro con lo más hondo de nosotros mismos, es algo que necesitamos cada vez con más urgencia.

Algunos lectores de antes y de ahora se acercan a Eguren porque su poesía es un abismo, una rememoración de la infancia y el mundo de los sueños. Los jóvenes comparten ese misterio con la admiración por Rimbaud, con los recitales ruidosos y los amores centelleantes. Eguren es silencio, y la poesía es, si cabe, como lo ha enseñado Mallarmé, la palabra del silencio. Eguren es palabra que rememora a la niña de la lámpara azul, a los reyes rojos que batallan en lejanías de oro azulinas, es adormido cielo, luz cadmio; es, o parecer ser, el pasado remoto.

Eguren marca en las primeras décadas del siglo XX, una manera de escribir asordinada que iba contra la corriente, contra todo lo que es estridencia, patetismo vacuo. Eguren fue el no Chocano, la no altisonancia, la separación, la distancia. El Perú, que casi no tuvo poesía de calidad en siglo XIX salvo González Prada, verdadero fundador de la poesía lírica contemporánea en nuestro país, tuvo en Eguren a un abanderado de los valores eternos de la poesía.

Puede conjeturarse que la rueda de la fortuna literaria, en el sigloXIX que estamos empezando, volverá sus ojos a Eguren por múltiples razones, porque una línea suya nos simboliza tan bien como un huaco Chimú o una tela Paracas. Eguren es el Perú sutil, neblinoso, la palabra dicha a media voz, el Dios familiar que prende en la noche una luciérnaga llamada esperanza.

Precisamente la parte central de *Equivocaciones* está consagrada a lo que Basadre llama *Elogio y elegía de José María Eguren* y es el más hermoso artículo escrito en vida de

José María Eguren, en el que se hace una justa valoración de su lírica.

Basadre trata a Eguren en dos planos, uno, la figura misma del poeta; otro, las consideraciones sobre su poesía. Describiendo al vate dice:

“José María Eguren: un locuaz hombrecillo vestido de negro que conversa en las esquinas. En el cuello de pajarita, la corbata hace un nudo desmesurado que tiende a desatarse. Ropa modesta. Un hongo tapa mal el cabello abundante que empieza a ser gris. Lejano parecido con Edgard Poe a la vez que un absurdo recuerdo fugaz de Charles Chaplin. José María Eguren: nerviosidad, deferencia también para el necio. ¿qué nos cuenta, poeta? Ha leído nuevos libros, ha recibido cartas, ha estado enfermo. Perseguir mozas, urdir negocios, conquistar puestos, querer salvar a la patria, eso no cuenta.

Su vida es sencilla y simple. Es una vida que casi no ha sido vivida, no ofrece resquicio alguno por donde haya podido penetrar lo que de la Vida reflejan sus poemas. Personalmente, es un hombrecillo bondadoso y afable. Es, en este sentido, n contraste con el ambiente envenenado de los corrillos literarios y con el tono beligerante y polémico del arte nuevo. No se confunda, sin embargo, su sencillez acogedora con la falta de orgullo. Hay gente que se ríe de su infantilismo, de sus bagatelas. Pero en este país de vocaciones larvadas, es un ejemplo de vocación y de continuidad. En este país de espíritus turbios, es un ejemplo de pulcritud. En este país de imitaciones, es un ejemplo de personalidad. Sobre todas las tentaciones de las circunstancias, sobre todas las inestabilidades del ambiente, nada ha sido sino poeta. Y poeta que nunca ha sido visto en los proscenios de los teatros y en las antesalas de los poderosos. Tímido e infantil, por otra parte, ha sido incapaz de sentirse genio, de llamar la atención con excentricidades e impertinencias;

pero quizás si así hubiera procedido, habría sido tomada más en cuenta su obra formidable”.

En su argumentación central, Basadre escribe de la poesía de Eguren lo siguiente:

“La poesía de Eguren tiene así remansos emocionales que evocan a las más puras efusiones románticas; con sus imágenes dobles y múltiples, interpretativas y trascendentes aunque sin carácter explicativo, se afilia al simbolismo; y tiene también avizores presagios de la liberación posterior. Del romanticismo conserva la actitud estremecida ante la vida, cierta sapiencia sobre la humana nadería. Del simbolismo adopta la delicadeza, el sentido del matiz, la expresión figurada. Y antes de que alboreara las escuelas de vanguardia, prescinde absolutamente de la anécdota, de la representación objetivista, superando la realidad al intuir formas poéticas distintas de las que la realidad exhibe, al desdeñar por manida e inferior la reproducción simple de la vida para otear la superación de la vida por el arte mismo”.

Hay una afirmación en el texto de Basadre que es tan asombrosa ahora, como lo fue en ese 1928: explica que la poesía del vate barranquino ha llegado a su crepúsculo. Se necesitaba mucha audacia, en ese momento, para hacer una afirmación del tal laya.

Comparando a Vallejo dice que la reacción del público es análoga ante ambos. Que en el fondo ambos traen a nuestra literatura, por caminos inhollados, el sentido de lo trágico cotidiano. Musical y pictórico le parece a Basadre el verso de Eguren; fuerte, criollo, sin trabas, el de Vallejo. Más adelante asegura que la melancolía de Eguren hiere; el dolor de Vallejo desgarrar. Eguren es un producto aristocrático, sin contacto con nuestra realidad abigarrada. Vallejo es más humano y Eguren más artista.

Hablando de Eguren, Basadre dice, al terminar su ensayo:

“Podrá decirse que es un elogio este ensayo. Al mismo tiempo es sin embargo, una elegía. Somos muchos lo que amamos al poeta y, sin embargo, vemos en sus últimas producciones una glosa a las anteriores, un inútil intento por superar la intensidad de otrora”.

¿Cómo entender este elogio y elegía a un gran poeta? A nuestro juicio, en todo instante literario, en todo momento histórico, hay poetas que aparecen como antagonistas en el gusto de los lectores. En una época tuvo vigencia el conflicto entre Chocano y Vallejo, en otra, de la que Basadre es precursor, se enfrenta a Eguren con Vallejo. Siempre es así, y casi es nunca es justo. Hubo quienes enfrentaban a Whitman con Emily Dickinson. Uno aparecía como torrencial, representativo de Estados Unidos, la nación que estaba en pleno crecimiento. La otra aparecía como la escritora metafísica, de los mundos pequeños y sombríos. El tiempo ha disuelto esa contradicción Dickinson está considerada como mujer que escribe poesía de un modo más original en varios siglos y Whitman sigue siendo el poeta que canta al individuo, a la democracia y a la pujanza de una nación. El lenguaje de Dickinson era muy depurado y el de Whitman incorporaba palabras de la calle que ahora forman parte de la tradición de la lengua inglesa, precisamente porque las dijo Whitman. En el caso de Eguren y Vallejo, ambos trabajaron exhaustivamente con los vocablos. Y en muchos sentidos, ambos fueron refinados. Pero Vallejo, a la manera de Whitman, incorporó palabras de la vida cotidiana, mientras que Eguren, tal vez por su raíz simbolista y su conocimiento del modernismo, cultivó un lenguaje exquisito.

Pero pasado el tiempo, las palabras y las frases de Vallejo, que él tomó del habla del pueblo, se han cristalizado y se dicen y repiten porque Vallejo las dijo; pertenecen ya a tradición literaria. Eguren le parecía antiguo a Basadre, terminado como poeta, de ahí lo de elegía, y Vallejo le parecía

y era alguien que no había terminado su obra poética. Pero ahora tanto uno como el otro, comparten un lugar de privilegio en el canon del Perú y en el canon de la lengua española.

Han pasado 75 años, desde que se publicó el pequeño libro de Basadre. Los escritores que destaca son aquellos que mantienen su preferencia entre los lectores, que están en el canon literario del Perú de hoy. Una muestra de ello es que están incorporados a los libros escolares y que muchas veces nos iniciamos en la literatura con un texto de Valdelomar, su célebre cuento *Caballero Carmelo*, o su hermoso poema *Tristitia*, o un poema de Vallejo *Los heraldos negros* o *Piedra negra sobre piedra blanca*, o un poema de Eguren, *Los reyes rojos* o *La niña de la lámpara azul*.

Basadre tenía veinticinco años cuando publicó *Equivocaciones*. En ese pequeño texto ya se podía adivinar, qué calidad tendría el novel escritor, historiador. A diferencia de Pedro Zulen, Basadre pudo cumplir con lo que se puede llamar un programa de vida, y pasar de ser una promesa, a una convertirse en una fulgurante realidad.

Ahora Basadre, que en 1928 tomaba la alternativa de la escritura, comparte con sus héroes intelectuales Eguren y Vallejo, Zulen y Valdelomar, el aprecio de los peruanos, hecho del que nos alegramos mucho.